



La Bestia

La Tunda



Cuentos
de

VANI

Dos Cuentos

de

VANI

La Bestia

La Tunda



ESMERALDAS -9-86.



Aunque nací en Bruselas, me siento una artista ecuatoriana, tanto en mi obra plástica (tapices) como literaria, porque mi inspiración tiene hondas raíces nacionales.

Desde más de diez años, me he interesado especialmente en la riqueza humana y cultural de la Provincia de Esmeraldas donde tengo la suerte de tener muy buenos amigos.

Agradezco en especial a Juan García Salazar por el material de fondo y por haberse encargado de revisar la autenticidad formal de los dos cuentos.

VANI



LA BESTIA

La costa tiene un nombre de piedra preciosa. . . Mucho más que las minas cerradas desde tiempos, es la sombra verde de los cocoteros bordeando la arena negra de la playa que justifica su nombre de Esmeraldas.

Hacia adentro, el verde crece, envuelve, se multiplica y a veces asfixia; es la selva salvaje donde es preciso abrirse un camino con el machete, donde las lianas se enrollan como boas alrededor de troncos gigantes y enmohecidos pero donde las serpientes se disfrazan de lianas, de flores o de frutas, donde las ramitas pueden volar y migalas enormes alzar de pronto, sus mandíbulas rojas a pocos centímetros de sus pies. . .

Es en esa región fantástica que pasó esta historia verídica: ella me fue contada por uno de los protagonistas que jura por todos los santos del paraíso, o todos los demonios del infierno, según su genio del momento, que todas sus palabras son exactas y son sólo un pálido reflejo del horror vivido por él y sus compañeros en la casa maldita de Sara Concha.

Este testigo, llamémosle por su nombre: Ventura es un buen cazador conocido por su audacia, su buen juicio y su mal carácter. No bebe nunca y es incapaz de inventar una historia de esta índole que pondría en peligro su reputación de hombre serio que le tomó medio siglo en edificar.

Eso pasó hacia 1950 cuando Ventura estaba en pleno vigor y no le temía a nada. El era peón en una hacienda de la Costa, lejos de su tierra natal, como casi todos los demás trabajadores reunidos allá para los trabajos del campo. . . Eran cuatro: él, Ventura Salazar, Santo Cortéz, un cierto Caldas y un gordito apodado "Momo". . .



Se fueron al amanecer en la luz incierta del alba, armados de sus viejos fusiles caseros, con la provisión de pólvora para el día, en un saquito de piel colgando del cuello. Se sentían animados como siempre al principio de la caza cuando la idea de la presa se mezcla a la frescura de un nuevo día y a la especial hermandad que nace entre estos hombres rudos dispuestos a medir sus fuerzas con la naturaleza para demostrar su habilidad y su aguante.

No conocían esta región pero confiaban en el sol para guiarlos a la costa durante el regreso; para estos cazadores unos kilómetros más o menos no tenían importancia. Ellos avanzaban lentamente pero con la seguridad de una larga costumbre, ahorraban un camino en el espesor verde compuesto de altas hierbas, de ramas espinosas, de lianas blandas como cortinas o enrolladas alrededor de los troncos como las columnas de los templos antiguos. Hasta la luz era verde bajo los vitrales calados hechos de decenas de esencias distintas de palmas, cocoteros, árboles, sin olvidar el señor de la selva: el mata-palo cuya semilla nace sobre una rama de otro árbol y se nutre de su sabia el tiempo necesario para dejar colgar hasta el suelo sus largas y fuertes raíces y empujar hacia el cielo una cabeza tanto más imponente que su doble alimentación le da más fuerzas y que su base nace a unos pocos metros del suelo, a la altura del entrepiso de las cosas señoriales, nivel digno de la nobleza de este señor cuyas raíces ahogan poco a poco el árbol que le dió la vida. La repulsión que provoca este árbol no es sólo moral; el laberinto de sus raíces sirve muchas veces de refugio a animales heridos que mueren allí, o de guarida a fieras que dejan podrir allí los restos de sus presas; lo que envuelve al mata-palo en la pestilencia de caraña que se merece.

Cerramos aquí este paréntesis abierto sobre uno de los más imponentes y antipáticos gigantes de la selva y regresemos con nuestros amigos como diminutos puntos cafés avanzando sin cesar en este mar vegetal. Su piel muestra todos los matices del negro oscuro al café con leche, pasando por el color de la melaza caliente y dorada que se vierte en los moldes de coco; piel de negros, hijos de esclavos, mulatos e indios, todas igualmente cocidas por el sol ecuatorial.

Sus camisas desteñidas, color de polvo y manchadas ya de tierra y de la sabia de las plantas cortadas al paso los fundían perfectamente con ese medio ambiente verdusco. Sus pasos se hundían sin ruido en la espesa alfombra de humus. El único indicio de su avance era el silbido cadencioso del machete abriendo la trocha. Buscando un río, se desviaron de su dirección inicial. Después siguieron durante algún tiempo las huellas de un tapir y con eso se apartaron aún más del camino previsto.

Su progresión testaruda se hizo lenta y difícil. Su frente se cubría de sudor a medida que el sol implacable subía encima de las primeras estribaciones de los Andes que no se podían ver pero cuya masa imponente se adivinaba detrás de la neblina.

El sol empezaba ya su descenso cuando al fin, encontraron un riachuelo. Tomaron con avidez, las manos juntas formando cuenco. Sacudieron el polvo y las hojas de su pelo y se refrescaron todo el cuerpo en el agua clara y benéfica. Sonreían como niños pero en silencio y los sentidos en alerta. . . Después del baño se sentaron y compartieron unas lascas de cecina, masticaban lentamente, la mirada perdida a lo lejos.

Durante este descanso, el cielo se había cargado de nubarrones oscuros anunciadores de tempestad; ellos se dieron cuenta de ello en seguida y recogiendo de prisa sus cosas, buscaron un refugio.

Se encontraban en un claro; sea la huella de un incendio, sea que el lugar fue desmontado y cultivado antes de ser abandonado. La presencia de pasto mezclado con los brotes de los árboles y la mala hierba, confirmaban la segunda hipótesis. Santos señaló con el dedo una tapia a mitad destruída que hizo más probable todavía la idea reconfortante de una hacienda cercana.

Entonces, las primeras gotas de lluvia, anchas como dólares de plata, empezaron a caer sobre las hojas y a dejar grandes manchas oscuras y frías sobre sus espaldas. Tras una breve discusión, emprendieron la marcha siguiendo el muro hacia una hondonada; corrían encorvados, el precioso saquito de pólvora en el pecho, la espalda protegida por una hoja de palma.

El martilleo de la lluvia se hacía ensordecedor, el cielo totalmente violeta vertía torrentes de agua y los relámpagos iluminaban la ceja de la selva. El trueno retumbando entre las montañas circundantes parecía realmente la voz de los dioses iracundos.

La piel chorreada y helada, la boca seca y los oídos llenos de latidos desordenados, corrieron así durante algún tiempo. . . Al fin, divisaron un techo entre los matorrales. Con cabeceos de satisfacción, se lo enseñaron unos a otros y de común acuerdo aceleraron la carrera. Su esperanza de calor humano y de una bebida caliente se disolvió pronto como la tierra roja bajo sus pies que formaba ya unos riachuelos lodosos y sangrientos. A cada paso, el abandono de lo que fue antes una lujosa mansión saltaba más a la vista.

La casa guardaba todavía un cierto aire señorial con su galería con alares esculpidos, sus numerosas ventanas obstruidas por postigos a penas deteriorados enseñando restos de pintura policromada. La planta baja que, en casas más humildes es abierta y en casas más ricas sirve en general de bodega o de corral para el ganado, aquí era totalmente cerrada. Las proporciones de la casa y su resistencia, así que el evidente afán estético de sus dueños hablaban de la riqueza de la hacienda abandonada. Todos estos pensamientos, nuestros amigos los tuvieron mientras daban de prisa la vuelta a la casa buscando como entrar. La puerta principal, atrancada y maciza no dejaba ninguna esperanza. Entonces, buscaron un lugar más frágil en la pared para introducirse en la parte baja de la casa. Al fin, encontraron una tabla suelta y con el machete lograron rápidamente abrir un hueco suficiente para deslizarse. No era el refugio soñado pero al menos, estaban protegidos de la lluvia.

Empezaron en seguida a reunir pedazos de madera para encender un fuego que les permitiera secar sus ropas y cuya lumbre les ayudara a pasar la noche. Tal vez era el carácter imponente de la mansión o bien la tempestad agotando su rabia afuera en la temprana oscuridad pero todos sentían un malestar indefinible



pero claramente perceptible para sus sentidos agudizados de cazadores. Pensaron que algún animal podía estar escondido y mientras el Mono avivaba el fuego hasta donde era posible, con el riesgo de encender las tablas secas del tumbado, los otros tres, con el cuchillo de caza o el machete en la mano, exploraron los rincones oscuros. Muy pronto las llamas iluminaron bastante bien toda la estancia y los cazadores, tranquilizados, se sentaron cerca del fuego y se despojaron de sus camisas empapadas para secarlas.

El cuarto era grande y casi vacío salvo algunas repisas, unas cajas y un viejo mostrador. Cerca del centro del cuarto se alzaba una escalera que conducía al primer piso por una tapa horizontal, Uno de ellos, más temerario o quizás más curioso que los demás, se aventuró a subir los peldaños carcomidos, trató de levantar el pesado tablón pero sin resultado. . . Como el resto de la casa, era perfectamente cerrado por dentro. El desistió de su intención y se sentó con los demás para calentarse.

Todos ellos estaban alrededor del fuego, masticando tabaco o fumando su cachimba, lamentaban la tormenta que había interrumpido la cacería y contribuido a hacerles perder la noción del lugar donde se encontraban. Aún así, se sentían a salvo bajo este techo inesperado; a pesar del acre humo despedido por el fuego, el lugar era ameno comparado con el mundo de lodo pegajoso que la lluvia había dejado tras ella y que podían entrever por la abertura de la pared.

Estaban ya bastante secos y trataban de encontrar una posición cómoda para dormir unas horas cuando Santos, conocido por su carácter receloso, dijo de pronto:

— Alguien nos está mirando. . .

Antes de que los demás pudieran lanzar sus bromas acostumbradas sobre el valor de Santos, se oyó en el piso superior un ruido de cadenas sacudidas y de recipientes metálicos. Todos lo oyeron y se quedaron quietos, en espera. . .

Después de un silencio, hubo un ruido similar al de un animal que se despierta, se despereza y se levanta. Todos los sentidos atentos, conteniendo el aliento, los cuatro escuchaban. . . Arriba, parecía ahora que alguien estaba arrastrando baúles o cofres pesados de un lado al otro de la habitación. Los ruidos de cadenas y de latas se desplazaban, yendo y viniendo para luego acercarse a la parte posterior de la casa; allá donde habían visto una puerta durante su rápida exploración del primer piso.

El ajeteo se hizo más intenso y luego oyeron la caída de un montón de chatarra y justo después —unos dicen que al mismo tiempo— el sonido sordo de un cuerpo saltando desde el balcón al suelo. Unos opinan que parecía el salto de un enorme puma pero dicen que la Bestia era más grande, más pesada y sobre todo, más torpe que un felino.

Tras un breve respiro, la Bestia empezó a trotar alrededor del patio circundante a la casa, el ruido de su carrera siempre acompañado de diversos sonidos de metales. . . Ella dio una segunda vuelta alejándose de la casa y aumentando su velocidad. . . Luego se paró al fondo del campo, justo enfrente de la abertura hecha por ellos y embistió hacia ellos a gran galope.

En este momento, reaccionaron al fin, saliendo de su letargo, todos empuñaron tizones ardiendo y los lanzaron en dirección del atacante que no podían distinguir en la oscuridad pero podían seguir su rastro sonoro girando alrededor de la casa antes de alejarse de nuevo para acometer desde el fondo del campo contra ellos. . .

Presos del pánico pero decididos a defenderse hasta el final, arrancaban frenéticamente grandes trozos del piso para alimentar el fuego que lamía el tumbado pero el riesgo de incendio ya no les preocupaba: el peligro que representaba la Bestia monstruosa era mucho más apremiante. Los ataques eran más y más seguidos y rápidos y el sonido de su galope saliendo del fondo de la noche parecía el de diez caballos golpeando el suelo al unísono. Varios dicen que la Bestia parecía precedida y llevada sobre una corrien-



te de viento helado que llegaba hasta ellos a través del entablado abierto pero, tal vez, eso era sólo su miedo. . .

A veces, el círculo infernal de cadenas y de galope se detenía en seco y el silencio era más angustiioso que los ruidos anteriores porque se oían sus respiraciones entrecortadas y hasta los latidos alocados de sus corazones. . . Cuando el silencio se alargaba, se percibían de nuevo los sonidos habituales propios de la noche: el murmullo del agua, el viento meciendo las ramas y el croar lejano de las ranas. . . Llegaban atreverse a respirar, a creer que la Bestia había desistido, que se había ido. . .

Pero apenas renacía la esperanza que el galope se reiniciaba, más terrible y amenazador que antes de la pausa. A lo largo de toda la noche, la Bestia siguió sus ataques y durante toda la noche, ellos alimentaron el fuego y lanzaron tizones en direcciones del atacante invisible. . . Ya la escalera había sido totalmente desmantelada y quemada, del piso solo quedaban algunos rincones, una última repisa daría unos proyectiles más y después tendrían que atacar las paredes mismas lo que agrandaría el hueco.

Sus machetes mochos ya no cortaban la madera y era con las manos que arrancaban las tablas para mantener el fuego. Si la madera llegara a faltar, ellos estarían a merced de la Bestia y presentían, con un estremecimiento en toda su piel, el horror de su suerte. . .

Tenían los ojos enrojecidos y desorbitados por el humo y el vano esfuerzo de escudriñar la oscuridad, los músculos endurecidos y dolorosos, estaban exhaustos pero el oído agudizado seguían luchando, maquinalmente, de una manera casi tan animal y primitiva como la fuerza que los atacaba. . . Arrancarían el último trozo de madera, lanzarían hasta el último tizón antes de aceptar este fin horrible que sentían más próximo e ineludible a medida que la madera iba escaseando. . .

De pronto los galopes cesaron y la Bestia hizo varias vueltas rozando la caza que resonaba del choque de las cadenas y de los tarros. El ruido era terrorífico pero ellos seguían firmes, un tizón en la mano, listos para defender la entrada. Al fin, la carrera infernal se detuvo y oyeron un brinco que hizo temblar las paredes; el animal había vuelto al primer piso y removía cosas con más fuerza y más rabia que antes; parecía buscar desesperadamente algo en el fondo de viejos baúles repletos de fierros.

Se lanzó de nuevo al suelo siempre arrastrando sus cadenas y después de una última rueda muy cerca de las paredes, se alejó al galope hacia un árbol que se alzaba al borde del campo; sin mermar su velocidad, se abalanzó hacia el tronco y los cuatro afirman haber oído claramente el sonido de sus uñas arañando la corteza para trepar hacia las ramas más altas y el ruido de los fierros halados hacia arriba. . . Después, oyeron un gran grito de rabia seguido de una caída en el vacío y el choque de un estrellamiento contra la tierra. . . Después, sólo el silencio. . .

Encima de las montañas, una bufanda de luz blanca se asomaba en el cielo.

Se miraron; solo sus ojos eran capaces de interrogar: todo sus cuerpos tiritaban y sus dientes castaneaban. . . y ya no tenían vergüenza de hacerlo; la tensión había sido demasiado fuerte y su voluntad de hombría, tan fuerte de costumbre, era olvidada; estaban vivos; eso importaba. . . Se quedaron allí, inmóviles durante largo rato, hasta que el cielo se volvió rosado.

Ventura musitó: "Creo que se acabó, vámonos". Presos de febril actividad, recogieron de prisa sus pertenencias y se fueron, tomando la dirección opuesta del árbol fatal.

Después de unos minutos Ventura se dió cuenta que había olvidado su pipa cerca del fuego. Propuso a los otros regresar a buscarla pero todos rehusaron y él solo tampoco tenía el valor de regresar. Así que siguieron su camino atentos a las señas dejadas

por hombres u animales, tratando de encontrar un pueblo. El sol ya estaba alto cuando llegaron cerca al mar, a un pueblito donde pudieron comer y contar su aventura.

Los pobladores de Tachina les dijeron que habían tenido mucha suerte de ser cuatro, lo que les permitió sobrevivir . . . Los viajeros solitarios perdidos de noche cerca de la hacienda maldita siempre habían sido encontrados muertos, degollados. . .

Esta es la historia de la Hacienda de Mútile tal y como la contaron los pescadores.

La hacienda era inmensa, comenzaba en la playa y se necesitaba un día y medio de camino para atravesarla; pertenecía desde fines del siglo pasado, a una rica familia de la región: los Concha. El apellido es ilustre por el Coronel Carlos Concha, jefe de la "Revolución de Concha" todavía muy presente en la memoria de muchos pobladores de Esmeraldas; los viejos ubican los acontecimientos de su juventud en relación a ella: si tienen más de setenta años ellos han nacido "antes" . . .

Esta revolución, si bien fue puramente local, molestó bastante al Gobierno durante varios años. El asesinato de un político liberal, Eloy Alfaro, por los partidarios del régimen de derecho entonces en el poder, provocó una viva reacción de indignación entre los Esmeraldeños, hijos de esclavos que habían puesto todas sus esperanzas en las ideas libertadoras de Alfaro. Más violentos y menos dominados por la Iglesia que los indios de la Sierra, los morenos se alzaron en armas bajo el mando del Coronel Concha.

Muy distinta a su heroico pariente, la última ama de la hacienda se llamaba Sara Concha y medio siglo más tarde, el sólo nombre de esta harpía hacía todavía temblar a esa pobre gente de los cuales algunos eran hijos de los esclavos que ella tenía todavía en sus tierras a principios del Siglo XX.

Ella eludía las leyes llamándoles "Conciertos"; eran campe-

sinos, hijos de esclavos o de hombres libres que estaban obligados a pagar con su trabajo una deuda a veces imaginaria, contraída por sus padres, abuelos o bisabuelos. Sus salarios eran calculados por los patronos de manera que eran siempre inferiores a los intereses de la deuda; este sistema proporcionaba una mano de obra gratuita y sin ninguna clase de protección. Lamentablemente Sara no era la única en aprovecharse en esta forma. . . La cárcel esperaba a los que se atrevían a protestar pero el castigo era suave comparado con las torturas que había imaginado esa mujer para reinar como dueña absoluta de esos parajes. . . Ella mantenía un grupo de morenos fornidos elegidos por su fuerza y falta de escrúpulos y encargados de las más repugnantes tareas.

El reinado de Sara Concha se sitúa durante la Primera Guerra Mundial que fomentó en América del Sur la fiebre del caucho. Muchos campesinos pobres o pescadores atraídos por las ganancias, se adentraban en la selva buscando los árboles de heveas. Regresaban después de varias semanas cargados de latex. Desventurados eran los infortunados cuyo camino pasaba por las tierras de Sara o cerca de ellas. . . Eran ultimados en el sitio y su cabeza puesta dentro de su propio canasto de cosecha y colgado del árbol más cercano. Un testigo afirma haber visto con sus propios ojos un enorme guayacán del que colgaban ocho de esos frutos fúnebres.

Este no es más que un detalle entre muchos otros; su crueldad era legendaria y su alianza con el demonio no dejaba ninguna duda. A su muerte, toda esa gente que había vivido toda su vida bajo un terror constante, se escapó.

No fue enterrada; su alma pertenecía al demonio, él fue quien vino a buscar su cuerpo. . . Muchos juran que el ataúd que la familia hizo enterrar estaba vacío. . .

Su hijo único, disgustado desde tiempo atrás, no se molestó en asistir al entierro y sus esfuerzos para vender la hacienda fueron inútiles; los campos quedaron abandonados y los potreros retornaron a su estado salvaje.



Los habitantes de la región evitaban, incluso de día pasar cerca de la casa maldita y nadie, absolutamente nadie, hubiera pasado una noche allí. . . Los pocos extraños que lo intentaron no pudieron contarlo, hasta ahora. . .

Se entiende fácilmente que la hazaña de los cuatro cazadores se haya difundido como un reguero de pólvora y fueran tratados con los honores que merecía su valentía. Se alejaron cargados de vituallas y fueron escoltados hasta la salida del pueblo.

Al regreso a la hacienda donde trabajaban después de tres días de ausencia, rendidos y sin ninguna presa, cuando dieron como única explicación una increíble historia de espantos, fueron el hazme-reír de todos sus compañeros: la siniestra fama de la casa de Sara Concha no había rebasado los pocos kilómetros que separaban las dos haciendas. Nadie les creyó. . . Después de algunos meses, todo el mundo se olvidó del asunto.

Casi todos: porque el tío Ventura todavía piensa a veces con mucha nostalgia en su vieja pipa amorosamente curada, que se le perdió esa noche. . .

Y si usted llega a su casa al atardecer, con una bonita cachimba de regalo y si es capaz de quedarse largo rato de cuclillas, sin moverse a pesar de los calambres y de los mosquitos y más que todo, si usted le cae bien. . . Entonces, tal vez, él le contará lo que le pasó cierto día que él estaba cazando en compañía de sus amigos Santos Cortez, Caldas y el Mono; la noche en que perdió su pipa. . .





LA TUNDA

Esta historia verídica sucedió en Punta Verde; es un caserío perdido entre dos mundos; ya no es Esmeraldas, todavía no es Colombia. . . No es el continente y no es el mar. No es agua; no es cielo; no es tierra; es justo el límite de estos tres elementos; una zona de esteros, de pantanos, de ríos y de islas entreveradas. Por un lado, esta limitado por una infinita playa de arena negra; por el otro, hacia dentro, por la selva que se vuelve más espesa a medida que se eleva hacia la sierra.

Es una tierra llena de belleza, con el cielo cambiante sobre el mar y las pequeñas islas de flores violetas que suben y bajan el río al ritmo de las mareas. . . Tierra de peligros también, entre los pantanos con sus lagartos y el mar que, a veces, cobra caro el pescado de cada día, tragando en una sola ola, la canoa, los remos y el pescador.

La casa de Eladio Salvatierra se erguía sobre sus pilotes cortos en la orilla del río, a poca distancia de la bocana. Era la más grande de la zona, de madera de guayacán labrado para el balcón y el corredor abierto; tenía una gran sala común y muchos cuartos pequeños donde se distribuían todos los miembros de la familia.



Lo más bello de la casa era su patio florido rodeado de todos los árboles frutales de la zona: naranjas, mangos, mameyes, limones y grosellas no faltaban nunca; sin contar los cocos tiernos para la sed; los cocos maduros para la cocina y las plantas aromáticas que ocupaban todo un lado del huerto: matas de altamisa y hierba buena, llantén, menta, chirarán y albahaca que la abuela Concepción mezclaba con mucha atención cuando uno de sus pequeños se enfermaba con dolor de barriga o cuando uno de sus hijos grandes tenía chuchaqui. . .

Al otro lado del huerto y cerca de la cocina, se levantaba la tarima para el cultivo de las verduras más delicadas, como las cebollas blancas que son fácilmente atacadas por los gusanos; tomates y culantro y también unas hierbas que concepción cuidaba celosamente; los niños de la casa no podían tocarlas, tampoco las hijas grandes y las mujeres de la casa cuando estaban impuras. . . Estas eran hierbas para curaciones: la chillangua y la congona; también tenía contras de culebras y algunas hierbas tan poco conocidas, que sólo la vieja Concepción sabía sus nombres. . . Ella dudaba cual de sus hijas o nietas sería digna de continuar su oficio de remediera; su hermano Simeón era muy bueno para curar a los picados; él conocía todas las contras y había salvado muchas vidas con los conocimientos que el abuelo Santiago les había enseñado a los dos cuando ellos se hicieron adultos y sintió que sus propias fuerzas se le iban. . .

Les habían escogido a ellos por su recio carácter y por su inteligencia clara; les había dejado este legado que ellos tenían ahora que dejar en manos más jóvenes y fuertes; pero esto era muy difícil; ya los jóvenes no tenían el respeto de antes para la sabiduría ancestral; el resplandor falso de las ciudades les atraía y más de uno se había ido a Guayaquil, a Esmeraldas o a Colombia; "A probar fortuna", decían. . .

Cuando regresaban, tenían, a veces, un poco de plata y siem-

pre muchas heridas en el alma. . . Heridas que las hierbas de la buena Concepción no podían curar; ellos se quedaban, con su rencor y su amargura adentro, o se iban de nuevo, perdidos para su gente y para ellos mismos. . .

La casa fue construida a principio del siglo por el abuelo Eladio, bisnieto de los Salvatierra que tenían toda la ribera del río Santiago, de la embocadura hasta Vainilla. De su bisabuelo, tenía su nombre y sus ojos, increíblemente verdes, que iluminaban como luceros su tez morena. Su pelo crespo ya canoso y su cuerpo esbelto a pesar de sus años, los debía a su bisabuela Antonia, la bella esclava quien cautivó a su amo. Al nacer su hijo, mucho antes de que las nuevas leyes libertaron a todos los negros de Colombia y Ecuador, él le dió su libertad y una gran extensión de tierra cerca del río para que pudiera criar decentemente a su hijo.

Cuando Eladio se había casado con Concepción, ella tenía quince años y una cintura de liana; ahora, era enorme y sonriente, perdida entre sus múltiples rollos de grasa y sus faldas amplias que, casi siempre, abrigaban a uno de los últimos retoños de la familia, que era en esta etapa de su crecimiento: demasiado grande para quedar dormido en la batea guagüera o prendida del seno materno y demasiado chico para seguir al padre en la pesca o correr por la orilla del río con los primos y amigos. . . Todos los hijos habían pasado por las faldas de Concepción para dar sus primeros pasos, agarrados de ellas; más tarde, volvían a ellas para esconderse del castigo de los padres, tras cualquier tontería.

Además de los abuelos, Eladio y Concepción, cuyas presencias perennes eran los cimientos de la casa, y de una multitud de niños y jóvenes, había una población flotante de tíos y tías, hermanos casados que venían unos días o unos meses; hermanas que regresaban después de enviudar, o casadas que se quedaban hasta que se le pase el disgusto al marido y también todas las hijas que regresaban a tener a sus hijos con la ayuda de Concepción. . .



La casa siempre estaba llena; algunos se iban pronto, otros ya no se iban nunca; ese era el caso de Lola.

Eulalia Concepción era su nombre; eso constaba en un papelito amarillo que tenía guardado al lado de otro, más blanco y más nuevo, que indicaba que su hijo se llamaba Patricio Jesús Salvatierra Toledo. . . Los primos le decían "Pato"; aunque no merecía este nombre; pues era erguido y delgado: miraba el mundo desde lo alto de sus ocho años y más parecía un cisne negro. . .

El era la razón de vivir de su madre; era su orgullo, su alegría y el último recuerdo de un marido que se había ido antes que nazca su hijo. El era su única ternura; tenía una sonrisa tan blanca que ablandaba a cualquiera, particularmente a su madre, y eso era explotado en cierta forma por las tías y vecinas que temían el genio de Lola. Ellas llamaban al pequeño; le ofrecían un pedazo de caña fresca o una tenaza de jaiba recién cocinada y le decían:

— Ve, Patito, pide a tu mamá que me teje una canastita para las conchas; ya no tengo piquigua preparada y tengo que mandar conchitas a la comadre enferma. . .

Y Pato iba, saboreando el precio de su encargo, a donde Lola que refunfuñaba, hablaba entre dientes de "siempre el mismo cuento, las muy dejadas. . . Yo tengo otras cosas que hacer. . ." Pero siempre hacía el pedido, muy complacida en el fondo, porque sabía que ella hacía las mejores canastas de la comarca; con un fondo bien apretado que no dejaba escapar las conchitas, y el resto tejido con ojo childén, bien parejo y un borde doble. . . Bastaba lavarlas en el río después de usarlas y servían muchas veces; se podían colgarlas encima del fogón para guardar cosas. . .

En un ratito las hacía y Pato las iba a dejar a la vecina; él muy pícaro esperaba qué le iban a dar: otro pedazo de caña, o si el marido ya había regresado de la pesca, le daban un buen trozo de pescado.



Lola salía cada día a buscar cangrejos o conchas y ponía trampas en los esteros; pero su canoa era un potro chiquito que no le permitía salir al mar; además, eso de ir a pescar mar afuera no era cosa de mujer. . . Nunca les faltaba comida; el genio de Lola era temido pero todos la apreciaban y le mandaban su parte de venado o de guanta al regreso de la caza, o su pedazo de tollo o de corvina. . .

Siempre era Pato quien ayudaba a halar las canoas de sus tíos en la playa, o quien los ayudaba a cargar los remos o la cesta de pescado. Lola lo veía regresar a casa con su pesca personal: tres naranjas cojidas en el huerto, un bagre que mandaba el compadre, una cola de lagarto ahumada por la tía Juana y un dulce de grosellas de la prima Asunción. . . A veces, lo traía todo entreverado en una hoja de plátano, pero eso no importaba demasiado. . .

La vida transcurría tranquila, con los cambios de estación que traían algunos platos especiales: las chautizas para la panda o los huevos de iguanas para el desayuno; pero cada día traía su cuota de trabajo; desde el fuego de la mañana, prendido con las brasas calientes de la noche anterior y la molido del cacao que perfumaba toda la cocina con su aroma fuerte y dulce, hasta la noche, con el saumerio del palo santo para ahuyentar a los mosquitos y la cachimba olorosa, fumada al lado de la cama del hijo, contando un cuento de otros tiempos, cuando los abuelos de los abuelos habían venido en barco de otras tierras lejanas y que las formas todavía estaban inacabadas. . .

Fue un día de estos, después del desayuno de cacao, que Pato desapareció para siempre. . .

El mar estaba bravo, los pescadores no salieron y un grupo de vecinos se fue tierra adentro a ver unas trampas que tenían puestas y a coger unos cocos secos; algunos se fueron con las es-

copetas cargadas, por si acaso cruzaban las huellas de algún venado o si se topaban con un oso o un tigre. . .

Esta mañana, no apareció Pato por ningún lado, pero ya era grande y a veces, se iba lejos en busca de almejas. Fue al final de la tarde que su madre se preocupó; tenía listo desde rato, el caldo de pescado; lo llamó varias veces; se fue hacia el río; preguntó a las tías; después a las vecinas; nadie lo había visto. . . Hacía rato que los hombres habían regresado con una guanta y una nueva reserva de cocos se amontonaba en un rincón de la casa; pero ningún rastro de Pato. . . Un grupo de hombres se formó para buscarlo río arriba; otros se fueron hacia la bocana.

El sol en su ocaso, teñía de rojo el cielo sobre el mar apaciguado; sobre el río se escuchaban arriba y abajo, los gritos claros de los hombres que el agua llevaba a lo lejos, y las contestaciones sordas desde las riberas. . . Aprovechando la marea baja, antes de la noche, se había registrado todo el barrial de cada lado del río; no había ninguna huella del chico ni de ningún animal. . . Era poco probable que se hubiera ahogado. . . Fue entonces, que una vecina mencionó la Tunda. . .

La Tunda es una misteriosa mujer reconocible por sus huellas; uno de sus pies es pequeño como él de un niño y el otro es un molinillo de batir el cacao. . . Ella rapta a los niños varones para que vivan con ella, en los pantanos o en las riberas del río; para atraerlos, es capaz de tomar la forma de la madre o de cualquier persona conocida. Ella los alimenta con camarones cocinados al calor de su ano. . .

Después de seguirla algún tiempo, inhalando sus ventosidades, los niños quedan atontados: no se recuerdan quienes son, ni quienes son sus padres. . . Es por eso que hay que encontrarlos pronto; antes de que estén demasiado idos. . . Como los padrinos tienen más autoridad moral y son los últimos en borrarse del recuerdo de

los ahijados, son ellos quienes encabezan las expediciones de rescate, llevando escopetas y bombos que son los dos ruidos que la Tunda teme. . .

La Tunda era una cosa grave; pero tenían la esperanza de rescatar a Pato con vida. Pronto, esta posibilidad se convirtió en certidumbre para todos los asistentes; así que antes de irse a dormir, se organizó la búsqueda para el día siguiente. El tío Rafael vendría con su bombo y Magdalena prometió mandar de mañanita a traer el bombo de su hermano que vivía en los Guabos, al otro lado del estero; era el bombo más grande del vecindario y se esperaba que su voz potente sería capaz de asustar a La Tunda.

La madrina, que acababa de dar a luz a una criatura muerta, mandó a decir que vendría en la mañana para buscar a su ahijado. . . Los hombres limpiaron todas las escopetas y se hizo un reparto de pólvora para todos; no hacía falta balas porque la Tunda no es mortal; no se la puede matar; sólo asustarla con el ruido para que escape corriendo, dejando el niño atrás. . .

Fue con esta esperanza que la expedición salió temprano a la mañana siguiente; la madrina instalada sobre un par de almohadas, en una canoa con flotadores, subió el río con el bombo de Rafael, la mayoría de las mujeres y algunos vecinos con escopetas. El tío Jesús, padrino de Patricio, con el bombo grande y todos los hombres, se adentraron en el monte, cruzando el estero con varias canoas y atravesando el pantano por veredas conocidas sólo por ellos, hasta llegar a la selva. . .

Ya la noticia de la desaparición había volado de arriba abajo del río; al pasar las canoas, los ribereños los esperaban para dar o recibir noticias. Se supo que algunas lavadoras de oro habían visto un niño río arriba, cerca de las maquinarias abandonadas del antiguo aserradero; otros habían divisado la noche anterior, un potro con una mujer y un niño subiendo el río Cayapa. . . Cualquiera



rumor era acogido, ampliado y transformado a medida que el grupo subía.

Durante tres días, los dos grupos buscaron, disparando las escopetas, tocando el bombo por turnos y llamando el chico hasta no tener voz. Alentados por una información, después por otra; las canoas se habían separado. Ya había anochecido: entre la obscuridad de la noche sin luna y la espesura de las riberas, las pequeñas luces en la proa de las canoas se reflejaban en el agua con un resplandor verde y siniestro. . .

Al divisar otro candil, muchos se persignaban; algunos decían la oración secreta contra el riviel; ninguno se sentía a gusto de estar en el río tan tarde, cuando todas las fuerzas oscuras de la noche estaban rondando. . . Al aproximarse más, una voz recelosa volaba sobre el agua:

— “Hey. . . ¿Quién es?”

Otra voz, salida de la nada, con un claro matiz de alivio, respondía:

— “Hola, Julio. . . Soy Juan. . . Regresemos ya, el agua va virar pronto. . .”

A unos metros una de otra, las embarcaciones no se veían, sólo se adivinaban por el claro chapoteo de los remos en el silencio circundante, cortado por una exclamación sorda cuando la proa se topaba contra un tronco flotante.

Una tras otra, las canoas, regresaron y fueron varadas en la parte seca de la orilla. La madrina, media desfallecida, tuvo que ser llevada en brazos; ya no podía caminar, de cansancio o de pena; ¿Quién sabe?. . . Los hombres roncos y las mujeres llorando; todos se juntaron en la casa de los abuelos. Mama Concepción y



las tías habían preparado comida para todos; la guanta cazada el día de la desaparición, bateas de arroz, montañas de bolas de verde, ollas de pescado encocado y varios galones de Juan-del-monte —el trago hecho en casa—, para calentar los cuerpos cansados, después de tres días de búsqueda, y los ánimos helados por el final infeliz. Los calentó tan bien que la merienda que había empezado en medio de llanto y desconsuelo, pronto pareció una reunión de fiesta. . .

Concepción se retiró cerca del fogón y se puso a cocinar una agua aromática para reponer las fuerzas; lo hacía con mucha atención, inclinada sobre el fuego; en realidad, estaba llorando adentro de la olla. . . El abuelo prefirió no comer nada y se fue al balcón que daba hacia el río; el cielo se estaba despejando y unas estrellas iluminaban tenuemente el espejo del agua sobre el cual, de pronto, se reflejó el vuelo rápido del pájaro-muertero; justo frente a la casa, emitió su graznido de mal agüero. El viejo sintió que su corazón se encogía y quedó esperando. . . Allí venía otra vez y de nuevo; el graznido, justo frente a la casa. . . Se le heló la sangre; ya no podía tener dudas; nunca más vería a su lindo patito negro, tan vivo y espigado, correr hacia él con gracia y travesura. . . Los ojos verdes se llenaron de lágrimas; los enjugó con la manga de la camisa y fue a reunirse con Concepción al lado del fogón. No dijo nada. . . ¿Para qué? . . .

Lola tampoco comió; se fue sola a su dormitorio y cogió de un clavo en la pared, una canasta bien bonita, con la muda nueva guardada para la primera comunión de Patricio. Acarició la ropa y se tendió en el pequeño catre de su hijo; por primera vez, desde su desaparición, rompió a llorar. . . Por primera y última vez, porque nunca más se la vió llorar. Toda su pena se quedó adentro y toda ella se secó para siempre. . .

Durante algún tiempo, la desaparición de Patricio fue motivo de alboroto y preocupación en el caserío; después, el olvido se

hizo y ya no hubo noticias. Sólo Lola seguía buscando, interrogando, subiendo y bajando el río en su pequeña canoa; regresaba a casa tan cansada que a duras penas podía varar su potro en la orilla. En esos días, se quedaba muchas veces sin comer, y perdió mucho peso: hasta hoy se ha quedado flaquita; puro hueso bajo la piel arrugada por los años y curtida por el sol y el agua salada.

Después de un mes, el abuelo, con la íntima convicción de la muerte de su nieto; la que traía el pájaro—muertecito, sugirió a Lola hacer un chigualo en honor al muertecito; pero ella no quiso; no quería aceptar la muerte de su hijo, y como no había ninguna prueba; nada pudo hacerse. . .

La vida siguió y los meses pasaron. Lola seguía subiendo el río, mirando las riberas y examinando todas las huellas. “Buscando cangrejos. . .” explicaba, si alguien la sorprendía; pero todos sabían que allí no podía haber cangrejos. . . Si no quería hablar, era cosa de ella y ellos se iban con un ademán de adiós.

Pasaron los años; el abuelo había envejecido mucho desde la noche de La Tunda. Hace tiempos que se quedaba horas enteras, en su sillón, con la mirada perdida; las manos cruzadas y temblorosas eran la única señal de que aún estaba vivo. . . Los días soleados, sus hijas ponían el sillón bajo la sombra ligera del árbol de grosellas; los días de lluvia, se quedaba al lado del fogón cuyas llamas miraba fijamente como para descifrar los signos del futuro o revivir los acontecimientos del pasado.

La abuela Concepción estaba cada día más gorda y más impotente; sus pobres piernas, que habían sido las columnas del mundo para un sinnúmero de hijos, nietos, y bisnietos, sin contar algunos huérfanos recogidos en la vecindad, eran ahora hinchadas y dolorosas. Se quedaba sentada al lado de la puerta, desgranando arvejas, pelando frutas o limpiando mates. Sus únicas salidas eran para visitar a sus queridas hierbas, que eran más preciosas que nunca, ya



que no podía ir al monte para recoger nuevas. . .

En Lola, los años no habían hecho los mismos estragos que en los demás; ella había perdido su juventud en una sola noche de angustia, pero había entrado en un estado especial, como momificada, fuera del tiempo; a salvo del envejecimiento, y tal vez, de la muerte. Sus miembros delgados parecían bejucos secos, pero tenía una singular fuerza para remar contra la corriente, y agilidad para saltar de la canoa. . . Ella seguía cogiendo cangrejos; poniendo sus trampas y tejiendo sus canastas como antes, excepto que la pesca se hacía más escasa cada año con los grandes botes de pesca industrial, que cogían más pescado en un día que un pescador, con su atarraya, en toda su vida. . .

Escaso o nó, a Lola, no le importaba mucho; siempre encontraba lo suficiente para comer. Seguía mirando cada rastro sospechoso y seguía escuchando hasta muy tarde todos los ruidos de la noche.

Fue una noche, más de quince años después, que el pariente habló; dijo algo; casi nada; en la bulla de la fiesta hubiera podido pasar desapercibido. . . Pero la comadre estaba sentada cerca, acurrucada en un rincón; de tantos hijos que había tenido, la espalda de dolía mucho y tenía que quedarse quieta, viendo bailar a los demás, ya que ella ya no podía. . . Estas palabras oídas le quedaron grabadas y toda la noche estuvo pensando en ellas. . .

Al otro día, se fue a ver a Lola; hacía mucho tiempo que no había ido a verla. Entre ellas, el recuerdo del ahijado era más un estorbo que un lazo de amistad; era como una sombra sobre la luz del sol. . . Además, si el carácter de Lola nunca fue suave; ahora, ella se había vuelto más arisca que nunca. . . La comadre se fue hacia el fondo del huerto, donde Lola estaba recogiendo el cacao; le dijo unas palabras y las dos pasaron al lado de la casa dejando el canasto debajo de la escalera de entrada; después, se fueron a la

ribera del río y se sentaron en un tronco seco, traído por el último aguaje. Durante todo el tiempo que habló la comadre, Lola se quedó mirando al frente, cogiendo piedritas y conchas y lanzándolas lejos; sin mirar a la comadre; sin mirar las piedras y sin mirar el río. . .

Parecía de piedra. . .

Se fue hacia la casa, buscó en la parte más alta de la ahumadera la vieja escopeta de su padre; la limpió y la aceitó bien. Colgada detrás de la puerta, tomó la chuspa del viejo con la estopa, los fulminantes y los perdigones; destapó el viejo cuerno labrado y olió la pólvora; tomó la punta de pico de tucán amarrado con una piolita de pita; puso dos medidas de pólvora en el fondo; puso el taco; dió dos golpes; dos medidas de perdigones; después un taco y dos golpes más. Así era el rito para la escopeta de su padre. Cada una tiene el suyo; a veces, tres golpes; a veces menos. . . Uno tiene que cuidarse de poner la medida exacta y los golpes adecuados; pero Lola conocía la escopeta de su padre desde su infancia y no podía equivocarse. Cuando al fin estuvo bien cargada, la arrimó cerca de la puerta y se puso a raspar unos mates; sus manos trabajaban a tientas, sus ojos fijos en la ribera del río donde la canoa del pariente seguía abandonada sobre la arena seca.

Ya la marea había empezado a bajar. . . La tía sabía que su espera no sería muy larga; si iba a salir a pescar, tenía que apurarse. En efecto, después de un rato vió al pariente bajar con un remo y una canasta, después regresó a la casa. Lola, inmóvil como un felino; una mano sobre la escopeta, esperó el segundo viaje para alcanzarlo cerca de la canoa; cuando él venía con los brazos sosteniendo la pesada red. A cinco pasos, ella levantó la escopeta y le ordenó:

— “Pon la red en la canoa y contéstame”.

El pariente la miró sin entender; puso la red en el suelo y la

miró de nuevo. Lola estaba apuntándole con cara de tirar del gatillo en cualquier momento. Se preguntó si después de todos estos años de estar rara, se había vuelto loca del todo. . . Pensó que la escopeta tenía un sólo tiro —la conocía bien por haberla prestado muchas veces—; si podía ponerse a salvo de la única descarga, quizás, después podría desarmar a Lola. . .

Ella prosiguió: “Siéntate aquí; me vas a contar lo que pasó con Patricio”.

¡Era eso!. . . ¡Después de tanto tiempo!. . . Se le doblaron las piernas y agachó la cabeza; el desaliento lo sentó, más que la orden de Lola. Cabizbajo, con voz apagada, empezó a contar:

— “Ese día, la mar estaba brava y nos fuimos a coger cocos. . . Eramos algunos: Rafael, Julio, Lucero; él que se ahogó el año pasado, los hermanos Quiñones que se fueron después a Colombia y también el viejo José que se murió hace tiempos. . . Nos fuimos de mañanita, por el estero, cerca del pantano. . . El chico nos siguió. . . Cuando nos dimos cuenta, ya era lejos para mandarlo de vuelta; así que se quedó nomás con nosotros. Nos topamos con una guanta que matamos de un solo tiro. Llegamos a los cocos y nos subimos para cortar los racimos”.

Le era difícil hablar; levantó la cabeza y miró tímidamente a Lola pero volvió a bajarla en seguida; respiró hondo y siguió:

— “Mira, Lola, fue un accidente. . . Ni siquiera sabemos bien quien lo hizo. . . Le habíamos advertido de tener cuidado, pero él se acercó. . . Cuando nos dimos cuenta, él estaba tendido debajo de un racimo de cocos. . . Le cayó encima y le mató de contado. . . No pudimos hacer nada. . . ¿Entiendes?. . . Fue un accidente. . . Le advertimos al chico de no acercarse. . . No sabemos quien cortó el racimo pero no fue

culpa. . .”

Las palabras salían con dificultad; se calló y miró de reojo a Lola: ella seguía apuntándole con la escopeta; estaba esperando. . . El tragó en seco y siguió su relato; ahora venía la parte más dura:

- “Bueno. . . No sabíamos qué hacer. . . No sé quien fue el primero en decir que el muchacho estaba muerto, que ya no se podía hacer nada para él; dijo que él no podría decírtelo a tí. . . Otro dijo igual; después otro más. . . Ninguno pudo. . . ¿Entiendes? ¡No pudimos!. . . Al fin, decidimos enterrarlo allá mismo y prometimos callar para siempre. . .”
Lo peor estaba dicho; siguió hablando más rápido:

- “La tierra era blanda, con los machetes, hicimos un hueco bien hondo; le pusimos una palma en la mano y una corona en la frente; lo acostamos con la cabeza por donde sale el sol; Rafael, con dos ramitos, le hizo una cruz que pusimos encima de él; después, tapamos todo. . . Rezamos juntos un Padre Nuestro, un Ave María y le cantamos el “Buen Viaje”. . . Lo dejamos allá mismo, pero fue enterrado como cristiano. . . Bien enterrado. . . No será alma errante, ni tente en el aire; sino angelito. Sé que fuimos cobardes; sé que hicimos mal; lo supe al regreso cuando todos creyeron que La Tunda lo había llevado. . . ¡Ya era tarde!. . . Pensamos que después de un tiempo, tendrías otro hijo y que lo olvidarías. . .”

Lola rompió su largo silencio con un grito de animal herido: “¡¿Olvidar?!”. Se volteó y regresó a la casa, dejando al hombre solo en la orilla, con su red y su canoa.

El río había bajado mucho y él tuvo que empujarla un largo trecho por encima del barrial para ponerla a flote. Al fin, cansado por el esfuerzo, pudo sentarse y vogar lentamente hacia el mar. . .

De pronto, el aire le pareció más puro; el sol más caliente; se sintió liviano como no se había sentido desde años. . . Llegando a la bocana, divisó la canoa de Rafael a lo lejos; sintió una urgencia de compartir su alivio. Se acercó. A unos metros, le dijo:

- “Mira, Lola me preguntó sobre Pato y se lo dije. . .”
- “¿Todo?”
- “¡Todo!”

Intercambiaron una larga mirada, al fin, Rafael dijo:

- “Mejor así”.

Mirando el cielo y el mar, le pareció que su mundo había recobrado la paz.

Lola dejó la escopeta en la ahumadera; se fue a su cuarto; descolgó la canastita ennegrecida; acarició la ropita dominguera que nunca fue estrenada; cogió el papelito doblado que le habían dado en Limones hace veinte y tres años y se fue con todo al fondo del huerto. Lo enterró al lado de una mata de hierba buena; alisó bien la tierra y nunca más volvió a hablar de su hijo. . .

Meses después, una canoa se volcó en el río; era una madre y su hijo. La madre se ahogó; el bebé fajado adentro de su batea, sobrevivió. . . Lola acogió la criatura y le dió todos sus cuidados, con toda naturalidad: Dios le había quitado un hijo; El le había dado otro. . . Con él, su alma recobró la paz. Toda la angustia, soledad y amargura de esta tierra son el producto de la cobardía y de la debilidad de los hombres. . .









ETNO-PUBLICACIONES



**CASILLA 6432 C.C.I.
Quito - Ecuador.**

